

# Democracias emergentes y procesos electorales en África subsahariana

## *Emergent Democracies and Electoral Processes in Sub-Saharan Africa*

Hilda Varela Barraza

Profesora-investigadora

Centro de Estudios de Asia y África, El Colegio de México

*hvarela@colmex.mx*



### **Resumen:**

En el argumento central de este artículo se plantea que para explicar la importancia de los procesos de democratización en África subsahariana es necesario tomar como referente las raíces basadas en el autoritarismo de los Estados modernos, surgidos con la descolonización, lo que permite comprender las dimensiones del cambio cualitativo, iniciado en la década de 1990. Ese cambio genera, entre otros bienes democráticos, la preferencia de los ciudadanos por los regímenes democráticos, el incremento de los derechos fundamentales y de la legitimidad de gobiernos electos con base en sistemas multipartidistas.



### **Abstract:**

The main argument is that to explain the importance of democratization processes in Sub-Saharan Africa, it is necessary to take as a referent the authoritarian roots of modern States, which emerged out of decolonization. This enables us to understand the dimensions of the qualitative change that began in the 1990s. This change generates, among other democratic goods, the citizens' preference for democratic regimes, the expansion of fundamental rights and the legitimacy of elected governments within multi-party systems.



### **Palabras clave:**

África subsahariana, procesos emergentes de democratización, cambio cualitativo, multipartidismo, elecciones repetitivas.



### **Key Words:**

Sub-Saharan Africa, emergent democratization processes, qualitative change, multi-party systems, regular elections.

# Democracias emergentes y procesos electorales en África subsahariana

*Hilda Varela Barraza*

## Introducción

En el siglo XXI, a nivel internacional, persiste el desconocimiento de África en general y de la región subsahariana en particular (ASS). De esta última región prevalece una imagen negativa, casi siempre calificada como “irrelevante” no sólo en el estudio académico de la política, la historia y las relaciones internacionales —lo que se traduce en la escasa literatura en esos campos de estudio referida a las sociedades de ASS<sup>1</sup>— sino también entre la población en general.

Ese desconocimiento se acentúa en México (y en general en América Latina) debido, por un lado, a la versión contemporánea de la “idea de África”, una mitología racista inventada por la antropología del siglo XVIII y que sirvió de fundamento para la invasión colonial, en el último tercio del siglo XIX. En esa obsesión acrítica, inserta en el imaginario occidental, se reduce a los pueblos africanos al rango de “mentes salvajes”,<sup>2</sup> irremisiblemente “primitivos” y que al carecer de “inteligencia” para realizar

---

<sup>1</sup> Achille Mbembe, *De la postcolonie. Essai sur l'imagination politique dans l'Afrique contemporaine*, París, Karthala, 2000, p. 14; Mamoudou Gazibo y Céline Thiot, “L'Afrique en science politique”, en M. Gazibo y C. Thiriot (dirs.), *Le politique en Afrique. État des débats et pistes de recherche*, París, Karthala, 2009, pp. 13-17.

<sup>2</sup> V. Y. Mudimbe, *The Idea of Africa*, Bloomington/Londres, Indiana University Press/James Currey, 1994, pp. 30, 38-39.

actividades políticas<sup>3</sup> no podían ser estudiados ni por la historia ni por la ciencia política. Por otro, los medios de información masiva “ignoran” los acontecimientos positivos en ese continente y sólo publican noticias que avivan esos prejuicios.

Estos planteamientos pueden explicar el desinterés de la opinión pública y de los líderes en México en relación con África. La manipulación de prejuicios impide que los mexicanos se identifiquen con los africanos. Para favorecer el interés por África es fundamental difundir el conocimiento de temas horizontales compartidos entre la sociedad mexicana y las africanas; hay valores democráticos, aspiraciones políticas y causas comunes, como la conquista de espacios para una mayor participación de la sociedad civil en temas de los derechos humanos, la protección del medioambiente y, sobre todo, los esfuerzos para construir la democracia y luchar contra la corrupción, entre otros.

En cuanto a la agenda de política exterior de México se destacan dos aspectos. La opinión pública mexicana por lo general se muestra indiferente tanto ante la política exterior, con excepción de la vinculada con Estados Unidos (de la cual suele tener una idea vaga), como ante asuntos de política mundial, lo que se acentúa con temas africanos.<sup>4</sup> Por otro lado, los medios de información masiva —que casi siempre reproducen prejuicios racistas— prestan muy poca atención a esta política y suelen ser selectivos en los temas de política mundial que publican y que se refieren a la gobernanza global, que involucran a los Estados, a partir de los cuales no se pueden tejer lazos de identificación con otras sociedades.

El objetivo de este artículo es contribuir al conocimiento de uno de los procesos políticos, de signo positivo, más relevantes en los últimos 25 años en numerosos países de ASS que, a pesar de su trascendencia, suelen ser “ignorados” por los medios de información masiva. La propuesta

<sup>3</sup> A. Mbembe, *op. cit.*, pp. 11, 17-19, 25.

<sup>4</sup> En un informe en el que se estudia lo que piensa la opinión pública y los líderes en México en torno a la política exterior, destaca la *ausencia* de África. Gerardo Maldonado, Karen Marín, Guadalupe González y Jorge A. Schiavon, *Los mexicanos ante los retos del mundo: opinión pública, líderes y política exterior. México, las Américas y el mundo, 2016-2017*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2018, pp. 60-62 y 97.

es tratar esos procesos emergentes como un tema horizontal, que permita identificar las aspiraciones de causas fundamentales en esos países africanos con aquellas que han movilizado a gran parte de la sociedad mexicana en las últimas décadas: la democratización por medio de procesos electorales.<sup>5</sup> El conocimiento mutuo favorece la identificación y permite cuestionar los mitos racistas.

## África y el patrimonio intelectual y cultural de la humanidad

África se define por su diversidad geográfica, cultural, política e histórica y, cabe aclarar, las generalizaciones son riesgosas. No obstante, esos países comparten algunos rasgos comunes, como un colonialismo tardío<sup>6</sup> de corta duración y denso; en el contexto de la Guerra Fría, el nacimiento a la vida formalmente independiente de los Estados modernos y, en numerosos países, a partir de la década de los noventa, la emergencia de procesos electorales en favor de la democracia.

En los años sesenta surgió una falsa percepción conocida con el término ambiguo de *africanismo*, que fue retomada incluso por intelectuales africanos que, aunque en su origen partía de una preocupación legítima (combatir el racismo), presuponía que las personas de piel negra eran totalmente diferentes a otros seres humanos. Mudimbe subraya (citando

<sup>5</sup> Los procesos electorales como vía de construcción democrática no son la única variable ni la más importante para estudiar la democratización en ASS, sin embargo, diversos autores subrayan que esos procesos aportan ganancias democráticas relevantes, sobre todo referidas a los derechos humanos. Berouk Mesfin, *Democracy, Elections & Political Parties. A Conceptual Overview with Special Emphasis on Africa*. Pretoria, Institute for Security Studies (ISS) (ISS Paper, 166), 2008, pp. 1-5, 8-9; Yonatan L. Morse, "Presidential Power and Democratization by Elections in Africa," en *Democratization*, vol. 25, núm. 4, 2018, pp. 710-712.

<sup>6</sup> El inicio del periodo colonial, de manera simbólica, comenzó con el Congreso de Berlín (1884-1885), con el reparto del continente entre las potencias europeas. La penetración comenzó por lo general años antes y la invasión colonial, en sentido estricto, en la mayoría de los territorios se concretó a inicios del siglo XX. Las primeras independencias en ASS se registraron entre 1956-1957. En la década de los sesenta se incrementó en forma notable el número de Estados soberanos. Hubo algunas independencias tardías (1974-1975, 1980, 1990).

a Sartre) que el “deseo” de algunos intelectuales africanos de afirmar la diferencia de la gente negra era un “romanticismo” que implicaba su autodestrucción.<sup>7</sup> Oladipo sostiene que la singularidad de los africanos está en su cultura y es fundamental poner en tela de juicio la falsa percepción de que son una “especie aparte de otros seres humanos”, lo que ha servido para “justificar” la negación de su libertad (con la esclavitud, el colonialismo, la exclusión del sistema mundial), una condición esencial de los seres humanos.<sup>8</sup>

Esa percepción alimentó el mito de que los africanos eran una “especie” aparte y por lo tanto la política en África era totalmente *diferente* de la política en general. En este artículo se toma como punto de partida el planteamiento central de una corriente crítica (Mbembe, Mudimbe y Sarr, entre otros) que afirma que son iguales a cualquier otro ser humano: productores de “actos significativos”, de prácticas concretas que sólo adquieren sentido en el contexto histórico en el cual emergen. Los pueblos africanos han sido coproductores del patrimonio intelectual y cultural de la humanidad. Su reclamo de lo “específicamente africano” expresa su voluntad de buscar el reconocimiento de su contribución a la experiencia humana.<sup>9</sup>

De acuerdo con Mbembe, las sociedades africanas deben ser analizadas en relación con sus propias raíces, con los ritmos y las racionalidades que las distinguen, las cuales no pueden ser concebidas como si estuviesen al margen de la dinámica mundial.<sup>10</sup> Ése es el argumento central de este artículo: para explicar la importancia de los procesos de democratización es necesario tomar como referente las raíces de los Estados modernos, surgidos en el marco de la descolonización, lo que permite comprender los retos que esos procesos implican.

<sup>7</sup> V. Y. Mudimbe, *op. cit.*, pp. 42-45, 52-53.

<sup>8</sup> Olusegun Oladipo, “Reason, Identity, and the African Quest: The Problems of Self-Definition in African Philosophy”, en *Africa Today*, vol. 42, núm. 3, 1995, p. 29.

<sup>9</sup> Felwine Sarr, *Afrotopia*, París, Philippe Rey, 2016, pp. 128-129.

<sup>10</sup> A. Mbembe, *op. cit.*, p. 21.

## Las independencias: ruptura histórica

Las independencias, entre 1957 y 1968,<sup>11</sup> marcaron el agotamiento del colonialismo europeo y el nacimiento de los Estados modernos, cuya génesis fue producto de una ruptura histórica, pero no de un proceso de democracia participativa, que involucrara a amplios sectores de la población.<sup>12</sup> En las colonias francesas una pequeña elite local tenía derecho de voto y en algunos territorios británicos hubo alguna forma de organización política,<sup>13</sup> pero los distintos colonialismos no favorecieron la construcción de la democracia y del Estado.

Salvo contadas excepciones, las transiciones a la vida independiente fueron pacíficas y breves. Los nuevos Estados heredaron sistemas políticos multipartidistas, con constituciones y sistemas electorales formalmente democráticos, pero eran una imposición y no respondían a las racionalidades, condiciones e intereses de los pueblos africanos. Con sociedades civiles inexistentes o extraordinariamente débiles, correspondió a las elites locales la tarea de asumir el poder del Estado, considerado como un espacio de soberanía, territorialidad y, en algunos casos, de construcción de la nación.<sup>14</sup> El anticolonialismo de las elites no era necesariamente un compromiso democrático.<sup>15</sup>

A corto plazo, en la mayoría de esos países surgieron regímenes autoritarios, producto de golpes de Estado (con la sustitución de gobiernos civiles por militares) o por el abandono *de facto* de la democracia formal, con la concentración del poder en pequeños grupos, encabezados por poderosos jefes de Estado (*strongmen*), autono­mbrados “vitalicios”, que a la sombra del discurso bipolar

<sup>11</sup> Roger Southall, *Democracy in Africa: Moving beyond a Difficult Legacy*, Ciudad del Cabo, Human Sciences Research Council (Occasional Papers, 2), 2003, pp. 2-9.

<sup>12</sup> Willie Breytenbach, *Democratisation in Sub-Saharan Africa: Transitions, Elections and Prospects for Consolidation*, 2a. ed., Pretoria, Africa Institute of South Africa, 1997, pp. 10-11.

<sup>13</sup> Michael Cowen y Liisa Laakso, “An Overview of Election Studies in Africa,” en *Journal of Modern African Studies*, vol. 35, núm. 4, diciembre de 1997, pp. 718-721.

<sup>14</sup> Naomi Chazan, Peter Lewis, Robert A. Mortimer, Donald Rothchild y Stephen J. Stedman, *Politics and Society in Contemporary Africa*, 3a. ed., Boulder, Lynne Rienner, 1999, pp. 38-39.

<sup>15</sup> W. Breytenbach, *op. cit.*, pp. 11-12.

tenían protección política, económica y militar de una de las dos grandes potencias.<sup>16</sup> En casi todos esos países fueron impuestos sistemas de partido único.

La fragilidad de las instituciones (*inter alia* parlamentos, partidos políticos, sindicatos), aunada al débil desarrollo de clases sociales modernas y la inexistencia de principios de identidad nacional, entre otros factores, favorecieron la relevancia de identidades étnicas como instrumento para movilizar a la población; por lo tanto, casi siempre la lucha por el poder asumió el carácter de conflicto étnico. Los regímenes autoritarios, con mecanismos represivos, lograron la desmovilización política y el control de la disidencia. En los setenta surgió la tendencia hacia la desvinculación de la población de los asuntos políticos.<sup>17</sup>

No obstante, incluso en los años más difíciles, existieron formas de resistencia en contra del autoritarismo, casi siempre imperceptibles para la mirada externa, y subsistieron algunos Estados democráticos, basados en procesos electorales.

## Las democracias emergentes

En la década de los ochenta empezaron a surgir en forma embrionaria nuevas modalidades de lucha social, por lo general silenciosas y sin espectacularidad<sup>18</sup> —inadvertidas por la mayoría de los observadores internacionales—, protagonizadas por nuevas fuerzas sociales (jóvenes, mujeres, sindicalistas, profesionales, intelectuales, periodistas e integrantes de iglesias locales), que buscaban de esa manera conquistar sus derechos básicos. Fue la lenta gestación de los procesos de la década de los noventa, con un gran activismo político e intelectual. Las protestas populares tomaron las calles —algo antes inconcebible— para denunciar los abusos de poder,

<sup>16</sup> Samuel M. Makinda, "Democracy and Multi-party Politics in Africa," en *Journal of Modern African Studies*, vol. 34, núm. 4, diciembre de 1996, pp. 562-564.

<sup>17</sup> Michael Bratton y Eric C. C. Chang, "State Building and Democratization in Sub-Saharan Africa," en *Comparative Political Studies*, vol. 39, núm. 9, noviembre de 2006, p. 1063.

<sup>18</sup> La gran excepción fue Sudáfrica, con el estallido de la violencia popular. A pesar de las predicciones negativas, la salida de la crisis fueron el proceso de negociación y las elecciones.

el deterioro de sus condiciones de vida, la naturaleza ilegítima de los regímenes y reclamar el multipartidismo y nuevas constituciones democráticas.

La Posguerra Fría y las transformaciones globales, aceleradas por la globalización, constituyeron la coyuntura internacional favorable al surgimiento de esos procesos políticos, que lejos de ser una simple secuela de sucesos mundiales, fueron decisivos procesos de cambio interno, protagonizados por distintas fuerzas sociales, con alternativas frente al autoritarismo.<sup>19</sup> El triunfo del movimiento *antiapartheid* en Sudáfrica fue un parteaguas en el continente africano, más relevante que el derribo del muro de Berlín. Como la experiencia sudafricana permite apreciar, los agentes del cambio, así como los mecanismos y avances o incluso retrocesos en los procesos de cambio político no son iguales en todos los países, pues dependen de las condiciones concretas en cada sociedad.

La emergencia de esos procesos suscitó escepticismo en círculos académicos y políticos internacionales. En parte debido a que los países africanos no presentaban las precondiciones sociales y económicas —sentido compartido de identidad nacional, distribución de la riqueza generada por una economía en crecimiento y, sobre todo, un Estado viable— que en Occidente favorecieron el surgimiento de la democracia, pero también por dos mitos: que la política africana es totalmente *diferente* a la política en general y que ese continente está al margen de los cambios globales, como si no fuese parte del mundo, y sólo fuera visto “como una fuente de materias primas, por preocupaciones humanitarias, o como un objeto de intervención internacional para detener la proliferación de la inestabilidad”.<sup>20</sup> Los africanos

<sup>19</sup> Para este apartado han sido utilizados *in extenso*: R. Southall, *op. cit.*, pp. 1, 9-11; Kwame A. Ninsin, “The Quest for Democracy”, en *Africa Insight*, vol. 30, núm. 3-4, 2000, p. 11; M. Bratton y E. C. C. Chang, *op. cit.*, pp. 1059, 1063-1069; E. Gyimah-Boadi, “Africa’s Waning Democratic Commitment”, en *Journal of Democracy*, vol. 26, núm. 1, enero de 2015, pp. 101, 103-112; S. M. Makinda, *op. cit.*, pp. 556-567, 572-573; Patrick Chabal, “A Few Considerations on Democracy in Africa”, en *International Affairs*, vol. 74, núm. 2, abril de 1998, pp. 300-303; Jakkie Cilliers, Barry Hughes y Jonathan Moyer, *African Futures 2050. The Next Forty Years*, Pretoria, ISS (Monograph, 175), 2011, pp. 63-73; W. Breytenbach, *op. cit.*, pp. 16-17; Nicolas van de Walle, “Démocratisation en Afrique: un bilan critique”, en M. Gazibo y C. Thiriot, *op. cit.*, pp. 137-149; Graham Harrison, *Issues in the Contemporary Politics of Sub-Saharan Africa: The Dynamics of Struggle and Resistance*, Londres, Palgrave, 2002, pp. 78-81.

<sup>20</sup> J. Cilliers, B. Hughes y J. Moyer, *op. cit.*, p. xii.

tienen la capacidad para innovar vías democráticas de acuerdo con sus condiciones e intereses.

Para los fines de este estudio, por régimen democrático se entiende una forma de gobierno basada en la participación libre y popular, para determinar su propio sistema político, económico, social y cultural, con base en la libre competencia multipartidista, con el derecho ciudadano para elegir a sus gobernantes mediante la realización periódica de elecciones libres y justas, con la protección de los derechos fundamentales, independientemente de la pertenencia étnica, la religión o la preferencia sexual.

La democratización en ASS está basada en diversos procesos innovadores, que en la mayoría de los casos son emergentes. Entre sus tendencias fundamentales destacan la instauración de sistemas electorales multipartidistas y políticamente abiertos, la implementación de normas constitucionales, el surgimiento tanto de medios de información libres como de un movimiento cívico-popular activo para impulsar la protección de los derechos humanos, el combate a la corrupción y un gobierno electo y responsable ante los ciudadanos. Desempeñan un papel importante los líderes, la oposición partidista y la alternancia en el poder.

En el siglo XXI, Gyimah-Boadi observa una transformación cualitativa en la actitud frente a la política y al Estado en la mayoría de la población, derivada de las elecciones: su preferencia por la democracia como ideal de régimen político, lo que implica que, en algunos casos aún en forma embrionaria, ha surgido el interés ciudadano en la política.

## Los procesos electorales

En 1994 se llevaron a cabo tres elecciones generales, pacíficas y precedidas por protestas populares, que unos años antes hubieran sido imposibles: en Sudáfrica no fue sólo el triunfo de un partido político, fue una ruptura histórica, con la derrota del racismo institucionalizado;<sup>21</sup> en Zambia y Malawi pusieron fin a varias décadas de regímenes autoritarios. A esas elecciones

<sup>21</sup> Tom Lodge, *South African Politics since 1994*, Ciudad del Cabo y Johannesburgo, David Philip Publishers, 1999, pp. 2-3.

se les atribuye un carácter fundacional, debido a que fueron el inicio de una nueva etapa en la vida política en ASS, con la proliferación de una gran variedad de procesos electorales en la gran mayoría de esos países. Como secuela de los regímenes autoritarios, en la década de los noventa en numerosos casos no existía un Estado viable, precondition de la democracia, y por lo tanto esas elecciones han tenido entre sus objetivos asegurar un orden político legítimo, basado en normas legales para posibilitar el pluralismo. La participación de los votantes expresa el nuevo interés en el proceso político.<sup>22</sup>

A partir del año 2000 se incrementaron las elecciones multipartidistas, aunque en ocasiones con sistemas rudimentarios y con un avance lento.<sup>23</sup> Destacan dos tendencias: hacia la rutinización de las elecciones (periódicas y cada vez más competitivas) y hacia la disminución de los golpes de Estado como principal mecanismo de cambio de gobierno.

La competencia electoral multipartidista —aunque no es suficiente para el surgimiento de la democracia— es uno de los indicadores más visibles de apertura del sistema político. No obstante, los procesos electorales como vía de democratización y construcción de un Estado viable deben conducir a reformas constitucionales (o incluso a nuevas constituciones), instituciones estatales regidas por normas democráticas, una sociedad civil activa, libertad de expresión, una legislatura efectiva y plural, una oposición competitiva y un gobierno responsable ante los ciudadanos.

Los avances en relación con las instituciones, las legislaturas y el gobierno responsable suelen ser lentos e incluso contradictorios: no es fácil superar prácticas enraizadas en culturas políticas autoritarias. La mayoría de las constituciones (que pueden ser nuevas o reformadas) son ahora más democráticas, con separación de los poderes del Estado, comisiones electorales independientes y con la introducción de *ombudsperson*. En numerosos países se han limitado los periodos presidenciales a dos términos (que varían entre cuatro y siete años), con la desaparición de las presidencias “vitalicias”.

<sup>22</sup> Korwa G. Adar, Abdalla Hamdok y Joram Rukambe, “Multiparty Electoral Trends in Africa in 2004”, en K. G. Adar, A. Hamdok y J. Rukambe (eds.), *Electoral Process and the Prospects for Democracy Consolidation. Contextualizing the African Multiparty Elections of 2004*, Pretoria, Africa Institute of South Africa, 2008, pp. 1-3; M. Bratton y E. C. C. Chang, *op. cit.*, pp. 1059-1060, 1061-1063; E. Gyimah-Boadi, *op. cit.*, p. 101.

<sup>23</sup> K. G. Adar, A. Hamdok y J. Rukambe, *op. cit.*, p. 1.

Los grupos de la sociedad civil se multiplican, en diversos campos (derechos humanos, transparencia del gobierno, lucha contra la corrupción, medioambiente, actividades humanitarias, entre otros), algunos con financiamiento internacional. Si se toma como referente la situación de la prensa oral y escrita de las décadas de 1960 a 1980, la libertad de expresión en el siglo XXI registra un progreso notable.

En el plano histórico, muchas veces los líderes han desempeñado un papel negativo, al pertenecer a una elite occidentalizada, sin lazos de identificación con la base popular. Uno de los principales retos de los procesos de democratización está referido a la génesis de líderes, cuya legitimidad deberá cimentarse en su compromiso con las raíces históricas y culturales de las sociedades locales. En términos generales, esos nuevos líderes aún no emergen y muchos de los actuales dirigentes formaron parte de los regímenes autoritarios.

La situación de la oposición política es compleja. Los partidos opositores deben ser independientes y efectivos, regidos por el orden constitucional para proporcionar y preservar la democracia. Esto implica crear un espacio institucional de organización para contrarrestar el poder de las elites políticas dominantes y advertir de posibles abusos de poder, ofreciendo una alternativa viable frente al partido gobernante, favoreciendo el debate de temas de políticas públicas.<sup>24</sup> Estas tareas son difícilmente realizables: los partidos opositores suelen ser débiles, en muchos casos existe una gran cantidad de partidos políticos —síntoma de fracturas internas— que no logran formar alianzas interpartidistas que posibiliten su triunfo electoral.

Un indicador importante de los procesos de democratización es la aceptación, por parte de la mayoría de la población, de las reglas que garantizan la participación y la competencia políticas. En este sentido adquieren relevancia las elecciones posteriores a las fundacionales, que implican una tendencia hacia elecciones libres, justas y periódicas. La legitimación no procede de las elecciones, no obstante, cuando son repetitivas, con la aceptación de los resultados por parte de los contendientes, indican ganancias democráticas.

---

<sup>24</sup> Shauna Mottiar, "The Democratic Alliance and the Role of Opposition Parties in South Africa," en *Journal of African Elections*, vol. 14, núm. 1, junio de 2015, pp. 107-108, 109.

Esta tesis (democratización vía elecciones)<sup>25</sup> puede servir para explicar la relevancia que los procesos electorales tienen en el siglo XXI en ASS, a pesar de su carácter emergente y muchas veces contradictorio. En las elecciones que se repiten en forma periódica incluso los partidos perdedores y las elites reconocen que en el juego democrático pueden obtener beneficios. Esas elecciones generan ganancias democráticas a través del proceso de socialización: los ciudadanos toman conciencia de su capacidad para expresar su opinión y exigir sus derechos en otros campos. Esto repercute en la proliferación de grupos de la sociedad civil y de los medios de información masiva independientes, en la protección de las libertades civiles y en el incremento de la discusión pública de temas de interés general.<sup>26</sup> No obstante, las elecciones repetitivas no siempre han favorecido la alternancia de partidos en el poder.

Más allá de estos tópicos, para que el cambio político se traduzca en una mejoría de las condiciones de vida de la mayoría de la población se debe tener en cuenta la dinámica local y los procesos deben ser acordes a los principios esenciales de libertad y dignidad humanas de los africanos, sin imitar modelos políticos ajenos.<sup>27</sup>

## Entre la trayectoria democrática y la emergencia de procesos de cambio<sup>28</sup>

En ASS<sup>29</sup> hay, por un lado, un grupo de países, por lo general poco conocidos, que desde su independencia se han caracterizado por su trayectoria democrática, sin golpes de Estado y con gobiernos electos estables. Destacan

<sup>25</sup> Y. L. Morse, *op. cit.*, pp. 2-4.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>27</sup> F. Sarr, *op. cit.*, p. 131.

<sup>28</sup> En este apartado ha sido utilizada *in extenso* la revista *Africa Research Bulletin, Political, Social and Cultural Series*, del vol. 34, núm. 1, enero de 1997 al vol. 56, núm. 5, mayo de 2019.

<sup>29</sup> En unas cuantas cuartillas es difícil tratar todos esos casos, sobre todo en forma profunda. Sólo se plantean algunos aspectos que destacan.

Botswana, Cabo Verde, Senegal y Namibia,<sup>30</sup> entre otros. En un segundo grupo se ubican algunos casos de democracias emergentes, que hace algunos años fueron considerados como Estados problemáticos que enfrentaban graves problemas, en especial una severa crisis de legitimidad y un futuro político caótico y violento, pero que debido a diferentes variables, particulares en cada caso, fueron capaces de optar por una vía democrática y constituyen casos relevantes de democracias emergentes, con elecciones periódicas, basadas en sistemas multipartidistas, en especial Sudáfrica y Ghana.

Botswana, desde su independencia (1966), es considerado como un caso único en la escena política subsahariana, debido, por un lado, a la existencia de un grupo étnico mayoritario y, por otro, a que en su sistema político coexisten intuiciones propias de democracias occidentales, como el multipartidismo, con instituciones democráticas tradicionales, como las asambleas populares y los consejos locales, y la creación de foros para la política partidista. El primer jefe de Estado imprimió al sistema político normas estrictas que se han traducido en un alto grado de estabilidad, como la formación de una burocracia pública profesional, que no milita en ningún partido político, y la obligación del presidente de renunciar a su puesto al cumplir 65 años. Desde 1965 (periodo preindependiente), cada cinco años hay elecciones generales,<sup>31</sup> cuyos resultados son aceptados sin conflictos. Los jefes de Estado se han caracterizado por su capacidad de liderazgo interno, pero suelen ser poco conocidos a nivel internacional. Entre los principales retos destacan que no ha habido alternancia de partidos en el poder, ante una oposición muy débil y fracturada, y la marginación económica y política del grupo étnico minoritario, los basarwa, que habitan en zonas desérticas.<sup>32</sup>

Sudáfrica es un caso singular, con una de las historias más complejas y problemáticas de ASS. La explotación racial empezó a gestarse en forma temprana en el último tercio del siglo XVII, primero bajo el dominio de una compañía privada holandesa —con la llegada de colonos holandeses, de origen campesino—; más tarde empezó a ser institucionalizada con el colonialismo británico (inicios del siglo XIX) y a ser convertida en sistema

---

<sup>30</sup> Por las limitantes de espacio no podrán ser tratados todos.

<sup>31</sup> La próxima elección general deberá celebrarse en octubre de 2019.

<sup>32</sup> No hay consenso en cuanto al nombre de ese grupo. Basarwa es, en principio, el más aceptado.

de gobierno en 1948, con la adopción del nombre de *apartheid* para definir el sistema de explotación capitalista basado en el color de la piel.

Entre 1910 y 1994 la población de origen europeo tuvo derechos políticos y civiles, que se negaban a la población de piel negra, mestiza (oficialmente denominada *coloured*) y de origen asiático. La resistencia en contra de la dominación blanca inició en el siglo XVII y asumió formas modernas de organización en el siglo XX. Después de una larga lucha en contra del racismo institucionalizado, encabezada por el Congreso Nacional Africano (CNA), y una década de violenta oposición al régimen, cuando los observadores internacionales afirmaban que la situación en ese país desembocaría en el baño de sangre más grave del siglo XX, mediante un proceso pacífico de negociación, no exento de conflictos, se logró un acuerdo de paz,<sup>33</sup> con una constitución interina basada en una fórmula para “compartir el poder” entre los partidos con mayor votación, que al reunir en un mismo gobierno a dos partidos con proyectos de nación históricamente antagónicos (el CNA y el National Party [NP] en el poder entre 1948 y 1994), a corto plazo fracasó, cuando el NP decidió convertirse en un verdadero partido opositor para años más tarde desaparecer.

Como resultado de la primera elección democrática, basada en la fórmula “una persona-un voto”, fue elegido presidente Nelson Mandela. En esos comicios, con observadores internacionales, fue extraordinario el comportamiento de la mayoría de la población, a pesar de que carecía de experiencia en ese tipo de procesos.

Con una nueva constitución, con 11 lenguas oficiales, calificada como una de las más democráticas del mundo, entre 1994 y 2019 se han llevado a cabo elecciones periódicas cada cinco años, la más reciente en mayo de 2019. La mayoría de la población vota por el CNA, debido a su trayectoria de lucha *antiapartheid*, y aunque se registra una tendencia decreciente en su predominio y el lento fortalecimiento del principal partido opositor en algunas partes del país (con la incorporación en sus filas de gente negra), la oposición no tiene capacidad para lograr un triunfo electoral.

<sup>33</sup> Al inicio de las negociaciones fueron liberados los presos políticos (incluido Mandela), se abrieron las leyes que habían sido el pilar del *apartheid*, regresaron a la legalidad las organizaciones prohibidas y el CNA renunció a la lucha armada.

En años recientes se han multiplicado los partidos, algunos como resultado de escisiones del gobernante CNA. El sistema electoral es complejo y algunos partidos sólo compiten a nivel provincial. El presidente es elegido por la Asamblea Nacional.

Por disputas internas, dos jefes de Estado han tenido que renunciar a su cargo antes de concluir su segundo periodo de gobierno, con el nombramiento de interinatos, lo que no ha afectado seriamente la estabilidad del Estado. No obstante, entre los principales retos destacan, además de la debilidad de la oposición, las pugnas de poder y la corrupción al interior del CNA, que repercuten en el gobierno, y las dificultades para lidiar con una sociedad civil dinámica, compleja y con una larga trayectoria de lucha.

Ghana fue el primer país de ASS en obtener la independencia (1957), bajo la dirección de uno de los grandes líderes del continente, con reconocimiento internacional, Kwame Nkrumah. Era un país sin unidad nacional, con pugnas entre partidos y elites políticas y económicas identificadas con su pertenencia étnica. En el contexto de la Guerra Fría, aunque Nkrumah —que se identificaba con el comunismo— al asumir el poder era un presidente con alto nivel de aprobación, por diversas razones se fue alejando de su base de apoyo. En 1966, más tarde se sabría que con apoyo de la CIA, tuvo lugar el primer golpe de Estado. A partir de ese año y hasta 1992 el país estuvo gobernado por militares, en medio de conflictos étnico-políticos y continua inestabilidad, y con una población que se no se involucra en los asuntos políticos.

En 1992, el presidente que había llegado al poder por dos golpes de Estado sucesivos favoreció la apertura política, con el levantamiento de la prohibición de los partidos políticos y con una nueva constitución que reinstauraba el multipartidismo. En forma lenta, Ghana fue recuperando la estabilidad económica y política, aunque persisten las tensiones étnico-políticas. La alternancia de partidos políticos en el poder ha sido resultado de las elecciones.

## Observaciones finales

El desconocimiento de África subsahariana propicia tanto el desinterés de la sociedad mexicana y la pervivencia de añejos prejuicios racistas como

la falta de identificación entre la sociedad mexicana y las africanas a partir de valores, aspiraciones y causas comunes. En este artículo se aproxima al lector al conocimiento de los procesos de democratización en la región subsahariana, iniciados en los años noventa, y que constituyen uno de los fenómenos políticos más relevantes para comprender los cambios trascendentales, de signo positivo, que acontecen en esa región.

En comparación con América Latina y si se tiene en cuenta, por un lado, la historia africana de *longue durée*—por lo general ignorada— antes de la invasión colonial y, por otro, los periodos en los que se impidió la libertad de los pueblos africanos (esclavitud y dominación europea), el surgimiento de Estados independientes es un fenómeno reciente. Lo mismo puede decirse de las experiencias de democratización: son un proceso emergente, no consolidado y, por lo tanto, no se pueden dar conclusiones.

Sin ignorar sus debilidades, su carácter emergente, en algunos casos su ritmo lento y sus contradicciones, en un estudio publicado en 2011, en el que se trata el futuro del continente africano hasta el año 2050<sup>34</sup> a partir de un análisis riguroso, se plantea una mejoría en la situación interna de la mayoría de esos países, producto del avance democrático en las próximas tres décadas: mayor seguridad humana y protección de los derechos fundamentales, lo que ayudará a limitar las desigualdades económicas y sociales internas; formas de liderazgo más representativas, y mayor gobernabilidad democrática y crecimiento de la clase media, entre otras.

La lucha en favor de la democracia, como en cualquier otra parte del mundo, no es una tarea fácil en la región subsahariana. Enfrenta obstáculos internos como el débil compromiso en favor del cambio por parte de las elites políticas y las profundas secuelas de la cultura política autoritaria, entre otros. Hay obstáculos internacionales, en gran parte derivados de la persistencia del imaginario occidental que alimenta la imagen caótica de África e impide valorar la relevancia de los procesos de democratización.

<sup>34</sup> J. Cilliers, B. Hughes y J. Moyer, *op. cit.*, pp. 63-66, 68-75.

